

MISERICORDIA – EL NOMBRE DE NUESTRO DIOS

En el Jubileo de la Misericordia, el presente artículo aboga a favor de un reencuentro de la teología con la misericordia como su motor. Se trata pues de la renovación de nuestra comprensión de Dios y de la espiritualidad. Se empieza con el testimonio bíblico de que misericordia es el nombre de Dios, para seguir recordando que en el Nuevo Testamento se precisa que “Dios es caridad”. Con estas palabras se resume el hecho de que la auto-revelación de Dios Padre en su Hijo culmina cuando el Hijo se entrega por nosotros y por nuestra salvación. La reflexión sistemática conduce al aspecto kenótico de Dios en dos niveles: en la encarnación y en la cruz. La noción de kénosis constituye una auténtica revolución de la forma como concebimos a Dios; se vincula con la misericordia como expresión de la soberanía y libertad de Dios: si la omnipotencia de Dios se comprende en términos de caridad y de misericordia, pone al descubierto una omnipotencia que no es arbitraria o violenta que oprimiría a la libertad humana sino que se muestra en el amor. La relación de la misericordia con la verdad y la justicia conduce a la conclusión de que la misericordia es la culminación de la justicia cristiana. La consecuencia espiritual de esto radica en que se nos permite reconocer a Jesús en nuestros hermanos y hermanas que están en la miseria. Así se da respuesta a la principal cuestión de nuestra época: ¿cómo se puede hablar de Dios y de su misericordia en el mundo actual?

Mercy - the Name of our God, Louvain Studies 39 (2015-16): 205-217

El título del último libro del Papa es “El Nombre de Dios es Misericordia”. Reflexionar sobre el nombre de Dios no es lo mismo que reflexionar sobre qué es Dios. De ahí que el título nos haga ver que no vamos a tratar de qué es Dios, sino de quién es Dios y de su singularidad. El nombre nos sirve para identificarnos y para presentarnos a otras personas.

Ante la zarza ardiente Moisés

pregunta a Dios qué les va a decir a los suyos cuando le pregunten cuál es el nombre de quién le envía y obtiene como respuesta las famosas palabras misteriosas que venimos traduciendo por “Yo soy el que soy” (Ex 3,13-14). Esta respuesta es una explicación de Yahvé, el nombre de Dios. Con todo, la expresión original hebrea viene a decir que el nombre de Dios es más bien “yo estaré allí”, “estaré con vosotros y para voso-

tros”; “os liberaré de la esclavitud y os acompañaré en vuestro caminar por el desierto, yo soy fiel”, “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ex 6,7) Dios se presenta como un Dios que ve, escucha y se interesa por nuestra especie humana (Ex 3,6-7).

La primera revelación que Dios hace de su nombre es también la revelación de su misericordia. Dios tiene un corazón para los pobres o, de forma más precisa y enfática, expresada con la palabra hebrea rahamîm (el seno de la madre), Dios, en su ser más íntimo, tiene una relación visceral con la humanidad. Sus sentimientos a favor de los pobres y su íntima relación con la especie humana son el corolario de esto.

El testimonio bíblico

Empezando con las enseñanzas que se encuentran en la Biblia, cabe recordar que Dios dice a Moisés: “Hago gracia a quien hago gracia y muestro misericordia con quien tengo misericordia” (Ex 33,19). La misericordia, por tanto no es una auto-satisfacción sino que pasa a ser expresión de soberanía y libertad, independencia y señorío. Y aún, revela Dios a Moisés: “Yahveh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad” (Ex 34,6). En este texto, la fidelidad se añade a las características vistas anteriormente sobre la misericordia divina. Podemos confiar en Dios en

cualquier circunstancia que nos encontremos. Esta fórmula podría decirse que casi define la esencia misma de Dios. La tenemos de modo específico en los Salmos (Dt 4,31; Sl 86,15; 103,8; 116,5)

Se puede decir por tanto que la misericordia materializa el nombre de Dios. Dios se nos muestra misericordioso, y es de esta forma como tenemos que invocarlo, adorarle y glorificarlo, en su individualidad, santidad y trascendencia y, al mismo tiempo, Dios también se nos manifiesta cercano y da muestras de su presencia salvífica entre nosotros y en nuestra miseria humana.

Esta revelación culmina en las enseñanzas que ofrece el profeta Oseas. En el primer capítulo de su libro el profeta declara que su pueblo se ha hecho infiel, como una prostituta deshonrada. La alianza entre Dios y su pueblo ha sido rota. Dios no quiere seguir siendo el Dios de su pueblo. Pero en el capítulo 11 se da un cambio dramático. Dios deja de lado su justicia y su misericordia prevalece. Su corazón se ablanda. Dios explica su conducta misericordiosa con estas palabras: “Porque soy Dios, no hombre” (Os 11,8). O sea que la misericordia de Dios es una de las manifestaciones de su condición de Dios, de su individualidad, y de su trascendencia absoluta. Dicha trascendencia no debe interpretarse como ausencia o distanciamiento frente a los acontecimientos de la humanidad; más bien significa su presencia en medio de

la miseria humana. Su trascendencia se manifiesta en su misericordia. Su omnipotencia no se manifiesta en el castigo y en la condena del pueblo infiel sino en el perdón y en la misericordia.

Dicho esto, no hay que trivializar y considerar la misericordia como la expresión de un Dios buenísimo que no tiene en cuenta el mal y el pecado. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hablan también de la ira y de los juicios de Dios que se convierten en elementos esenciales de su caridad (y no en negaciones de su misericordia). Puesto que Dios es amor, su ira reduce a cenizas todo mal que puede poner en peligro su creación: “ha hecho descender a los poderosos de sus tronos y ha ensalzado a los humildes” (Lc 1,52)

Jesús tira del hilo conductor del Antiguo Testamento y lo realiza plenamente. En sustancia, el mensaje de Jesús es que Dios es *Abbá*, Padre. El mejor ejemplo del mensaje de Jesús en este sentido se encuentra en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32). Mediante esta parábola Jesús defiende su actuación en favor de los pecadores: “Me porto igual que Dios. Dios es un padre misericordioso”.

Pero Jesús no se limita a hablar de la misericordia, sino que la pone en práctica con sus propios actos. Él es la Palabra de Dios. Quien lo haya visto a Él, ha visto a Dios (Juan 14,9). Es en la cruz y por su resurrección que se produce la revelación del misterio insondable

de Dios con su misericordia (Ef 2,4).

La frase “Dios es *caritas*” en la primera epístola de Juan (4,9) sintetiza todo el mensaje del Nuevo Testamento. Siendo Dios *caritas*, únicamente puede mostrarse misericordioso, no puede negarse a sí mismo. Así es como la conducta misericordiosa en la historia de la salvación nos presenta a Dios, permitiéndonos mirar en su corazón. La misericordia es el espejo de la Santísima Trinidad. Refleja el amor del Padre entregándose al Hijo por medio del Espíritu. A través de su misericordia se revela su amor eterno. Es por medio de su auto-revelación y auto-presentación que Dios se nos hace accesible. Podemos acudir a Él en cualquier circunstancia. Es en este sentido que el nombre de nuestro Dios es misericordia.

Reflexiones sistemáticas

Comenzaré también aquí con la revelación del nombre de Dios en la zarza ardiente, en la que Dios se revela como quien se abaja para estar presente de modo activo en la historia y en la miseria humanas. El Nuevo Testamento va más allá del concepto de la auto-abajamiento de Dios. Nos describe a Dios como *sarx* (Juan 1:14), es decir, “carne débil”. En la *kénosis* de la encarnación Dios se hace un niño indefenso en un establo; en la *kénosis* de la cruz quien existía en la forma de Dios se vació a sí mis-

mo (Fil 2,5-8). Dios se revela paradójicamente por medio de contradicciones. Nos revela su poder por medio de la debilidad, su omnipotencia por medio de la indefensión, su poder mediante la locura en los ojos de este mundo (cf. 1Co 1,20ss).

El concepto de *kénosis* (literalmente, vaciamiento) insta una auténtica revolución de cómo concebimos a Dios. Nos conduce a una comprensión más profunda de la expresión de Juan “Dios es *caritas*” (1 Juan 4,8), retomada en la encíclica del Papa Benedicto XVI *Deus caritas est* (2005). Propiamente, pues, la revelación divina no es revelación de algo, ni entrega de algo, sino que a través suyo es Dios que se revela y se comunica a nosotros (Constitución dogmática *Dei Verbum*, 2, del Vaticano II).

Por esta razón, la misericordia como expresión del amor de Dios, nos hace partícipes del ser divino oculto e incomprensible. Es el fundamento de las acciones salvíficas de Dios. “Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad” (Ps 2,10 [Vulg.]). Esta conceptualización de la misericordia conduce a un cambio en el concepto de la omnipotencia de Dios. Hoy, la idea de omnipotencia se vincula a la caridad y a la misericordia; ya no se trata de una omnipotencia arbitraria o violenta que oprime las libertades humanas. La omnipotencia se manifiesta por medio del amor.

Hoy en día, frente a la maldad, injusticias, corrupción y terribles fechorías del mundo, solo la misericordia de Dios puede garantizar su supervivencia. Sin la misericordia el mundo estaría perdido y dejaría de existir. La misericordia crea siempre espacios nuevos para vivir y nuevas oportunidades para comenzar de nuevo.

Además, por medio del perdón de los pecados, la misericordia de Dios no solo nos protege de la muerte, sino que nos ofrece un corazón nuevo, crea un nuevo orden y una nueva creación, ofreciéndonos nuevas esperanzas para vivir. La misericordia lo cambia todo, salva el mundo, sana sus heridas, da vida a la nueva creación y proporciona esperanzas nuevas.

Por medio de su misericordia, Dios ejercita su omnipotencia con ternura, congregándonos en su propio vínculo de unión. Dios nunca nos constriñe. Su misericordia es deleitosa y endulza nuestras vidas. La misericordia no se ejerce desde una posición de superioridad, antes bien, nos proporciona más libertades. La misericordia da felicidad a Dios: “habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse” (Lc 15,7).

S. Kierkegaard apunta, con razón, que para la misericordia es precisa una cierta superioridad. Solo la omnipotencia hace posible el retirarse, renunciar a uno mismo y abrir un espacio al prójimo

sin perderse o traicionarse a sí mismo. Dice este autor que la omnipotencia de Dios reside precisamente en su bondad, en su amor.

Desearía añadir dos consideraciones para realzar la importancia de estas reflexiones:

1.- Por medio de la misericordia se significa la fidelidad de Dios hacia sí mismo en su revelación. La palabra hebrea para expresar fidelidad es “e'met”, que puede traducirse no solo como “fidelidad”, sino también como “verdad”. Es, por lo tanto, erróneo intentar contrastar la fidelidad con la verdad, como hacen algunos. La misericordia no elimina de por sí las verdades de la fe. Más bien, les ofrece fundamento y las despliega para iluminar a todos (véase Mt 5,15).

De ahí que todos los sacramentos y la misma Iglesia nacen de la misericordia de Dios y tienen su origen y su clave hermenéutica en la misericordia es decir, han de interpretarse a la luz de la misericordia. No son verdades abstractas que no nos afecten. Son manifestaciones de las atenciones y la misericordia que tiene Dios para con nosotros. La misericordia nos conduce a una nueva evangelización y abre nuestro corazón a una comprensión más profunda, nueva y comprometida de la fe. La misericordia nos empuja a una proclamación nueva del evangelio para el mundo de hoy.

2. Dios es fiel, es decir, auténtico consigo mismo, a través de su

misericordia. Dios no está sujeto a nuestras rígidas reglas de justicia. Solo está sujeto por sí mismo y por su caridad. Como ya manifestó Santo Tomás de Aquino, “*Deus sibi ipsi est lex*”. “Dios es la ley para sí mismo”. La misericordia de Dios es, por tanto, su justicia. No hay contradicción en esta formulación. Según Sto. Tomás, “*la justicia sin misericordia es crueldad; la misericordia sin justicia es la madre de la vida disoluta*”. Según él, la misericordia tiene preferencia sobre la justicia. La misericordia abre nuestros ojos; es la lente a través de la cual vemos lo que es realmente justo en una situación a menudo compleja. Faltando la misericordia, la máxima justicia puede convertirse en la mayor injusticia.

Esta reflexión tiene validez especialmente con respecto de la justicia cristiana. La justicia cristiana va mucho más allá que la justicia legalista y la cumple. De hecho, “la misericordia cristiana es la máxima expresión de justicia” (Mt 5,20). En lo que hace referencia a las obras de misericordia para con otros, la misericordia representa la *summa* de la religión cristiana.

Consecuencias espirituales – “espiritualidad de ojos abiertos”

Lo dicho hasta aquí nos lleva a tomar en consideración la práctica de la misericordia. No se trata de investigar la práctica individual de

la misericordia, es decir, las obras corporales y espirituales de la misericordia. A fin de cuentas, la misericordia es la tarjeta de identidad de la cristiandad. No tenemos otra.

Jesús nos explica lo que esto significa en la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10,25-37). La misericordia no es tan solo una emoción pasiva; es una virtud activa que nos lleva a dar un paso hacia adelante, a actuar, e incluso a abrir nuestro monedero. La misericordia no se contenta con identificar el mal, sino que se orienta a luchar contra él y a mejorar la situación de los pobres.

La exhortación “sed misericordiosos como lo es vuestro Padre” (Lc 6,36) concierne también a la praxis eclesial, considerando a la Iglesia como un sacramento que es como un signo e instrumento de la gracia de Dios. Es, por tanto, un sacramento de misericordia, mediante su *martyria*, su testimonio (la proclamación de la misericordia), su *leiturgia* (la celebración de la misericordia en los sacramentos, especialmente en el sacramento de la reconciliación, pero también mediante la eucaristía que fue instituida “para la remisión de los pecados”), y finalmente mediante su *diakonia* (el compromiso caritativo y social de la Iglesia).

Me limitaré aquí sin embargo a la espiritualidad de la misericordia y al tema de cómo desde una teología kenótica de la misericordia surge una espiritualidad de la misericordia que debería ser la res-

puesta a la pregunta crucial de nuestra época: ¿cómo es posible hablar de Dios y de su misericordia en el mundo actual?

La respuesta de Jesús a esta cuestión es sorprendente, pero está consagrada en Mat 25. Es la escena del juicio universal que concluye la actividad pública de Jesús en Mt. El texto es de sobras conocido. En síntesis, su respuesta es “Me encontraréis en los pobres, en los hambrientos, en los sedientos, en los refugiados y en todos mis hermanos y hermanas necesitados”. Los Santos se tomaron muy en serio esta respuesta. Francisco de Asís abrazó a un leproso, convencido de que abrazaba a Cristo. La Madre Teresa de Calcuta encontró un moribundo en las calles de Calcuta. A pesar de que estaba sucio y maloliente, se lo llevó a su convento como quien lleva el Santísimo de la exposición porque creía que llevaba a Cristo consigo.

El Papa Juan XXIII dijo en la inauguración del Segundo Concilio Vaticano: “Ahora la esposa de Cristo prefiere usar el medicamento de la misericordia, en lugar del de la severidad”. Pablo VI al clausurar el Segundo Concilio Vaticano se preguntaba en qué habría consistido la espiritualidad del Concilio, y respondió con la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10,25-37). El Papa Francisco es el continuador de sus predecesores. La misericordia es el tema troncal tanto del Concilio como después del Concilio.

Después del Concilio, las Asambleas de los Episcopados Latino-Americanos fomentaron este tipo de espiritualidad post-conciliar, o mística. Si bien etimológicamente mística deriva de una voz griega que implica “cerrar los ojos” (*myein*), existe una espiritualidad o una mística de ojos abiertos. Este tipo de espiritualidad o mística nos permite identificar a los hermanos y hermanas que se encuentran en un estado de miseria, reconociendo a Jesús y a Dios en ellos. La necesitamos.

En conclusión, la misericordia es el nombre de nuestro Dios. Esto no es solo una expresión poéti-

ca. Se trata de un concepto bien elaborado. Lejos de ser una especulación teórica, representa además los cimientos de una espiritualidad concreta y vivida. Hay que esperar que el Año Santo de la Misericordia se convierta en la esencia de una renovación teológica y del motor que la impulse. Se trataría de un paso más hacia la recepción de la eclesiología del Segundo Concilio del Vaticano, de modo que la Iglesia pueda reflejar mejor el *vultus misericordiae*, la faz de la misericordia, para convertirse en el sacramento de la misericordia e iluminar con esperanza, con luz y calidez, nuestro mundo.

Tradujo y condensó: BLANCA ITURRIAGAGOITIA

“Como bien hace notar el papa Francisco, “un cambio en las estructuras que no genere nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas mismas estructuras, tarde o temprano, se vuelvan corruptas, pesadas e ineficaces” (EG, n. 189). ¡Necesitamos una transformación interior! El trabajo sobre valores y actitudes deviene, así, una pieza clave. Y esto nos remite al cultivo de la espiritualidad en general, que es preciso favorecer, y a las posibles aportaciones de la espiritualidad cristiana en la línea de ayudar a construir seres humanos para los otros y con los otros, solidario y responsables.”

MARIA DOLORS OLLER SALA, *Tejiendo vínculos para construir la casa común*, Sal Terrae, 2017, p.162